

ANDY  
ROBINSON

O

F

F

THE

R

O

A

D

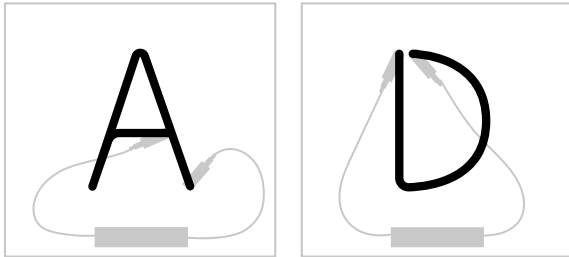
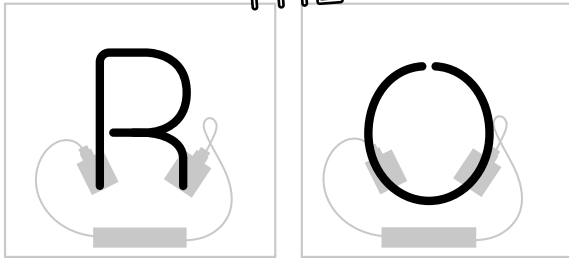
MIEDO, ASCO Y ESPERANZA  
EN AMÉRICA

*Ariel*

ANDY  
ROBINSON



THE



MIEDO, ASCO Y ESPERANZA  
EN AMÉRICA

*Ariel*

Primera edición: mayo de 2016

© 2016, Andy Robinson

© del mapa, Luciano Lozano

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© 2016: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

ISBN: 978-84-344-2371-8

Depósito legal: B. 6.420 - 2016

Impreso en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## Índice

Introducción. Viajes por la dolarocracia . . . . .	11
--	----

### PRIMERA PARTE EL DESIERTO

1. Bienvenido, Mister Adelson . . . . .	23
2. Cócteles atómicos y pilotos de drones . . . . .	59
3. Barbacoa con los hermanos Koch . . . . .	75
4. Paranoia en la frontera . . . . .	101
5. <i>Breaking Mad</i> . Drogas duras y caramelos . . . . .	123

### SEGUNDA PARTE CIUDADES DIVIDIDAS

6. Historia de dos hamburguesas . . . . .	145
7. La Motown desahuciada . . . . .	169
8. La invasión de los algoritmos . . . . .	191
9. Guerra en los suburbios . . . . .	215
10. De cuando Barcelona quiso ser Miami . . . . .	233

TERCERA PARTE  
OTRO FUTURO

11. Vermont. Secesionismo, socialismo y otras utopías . .	249
12. Arde Carolina del Norte . . . . .	265
Epílogo. Miedo, asco y desesperanza . . . . .	279

## Bienvenido, Mister Adelson

Llevaba tiempo dando vueltas a la pulcra urbanización vallada de Waterfall, en las afueras de Las Vegas, a la búsqueda de un piloto de drones de esos que iban cada día desde sus chalés adosados en las zonas residenciales de la ciudad-casino hasta la base aérea de Creech, en el desierto de Nevada, para hacerse con el mando de un avión no tripulado, quizás liquidar a algún presunto terrorista en Afganistán y, seguidamente, regresar a casa a tiempo para una barbacoa con los vecinos. Era febrero de 2012, Obama se había convertido en el primer *presi-drone* afroamericano de Estados Unidos y yo estaba convencido de que, si lograba hablar con uno de aquellos pilotos antes o después de su rutinario viaje a la guerra, me otorgarían el premio Pulitzer o, en el peor de los casos, conseguiría un récord de comentarios de lectores en mi blog. Pero hablaremos de ello más adelante. Antes, hay asuntos más cercanos que deben abordarse en esta visita a la ciudad de las máquinas tragaperras, las pruebas atómicas, los bailes eróticos, las chicas a domicilio, los militares adictos a los videojuegos, los residuos radiactivos tóxicos que perviven durante medio milenio, la delincuencia organizada, las uñas arrancadas, las cabezas aplastadas en tornos de banco, la drogadicción crónica y el suicidio. La ciudad del

pecado fue fundada en 1855 por un centenar de misioneros mormones paranoicos, quienes, convencidos de que estaban siendo perseguidos por los agentes del gobierno federal, buscaban un asentamiento cerca de una mina de plomo que les permitiera fabricar balas. Una tradición, por cierto, que aún se conservaba en el Strip de Las Vegas donde, en medio de los hoteles-casino temáticos y los anuncios de *Love del Cirque du Soleil*, de *Menopause, the Musical* o del último *show* de porno blando para despedidas de soltera de los Chippendales, podían verse carteles de una galería de tiro que decían: «¡Dispara sobre el Strip! Con nosotros, las ametralladoras son divertidas».

Mientras cazaba furtivamente al piloto en mi Toyota Camry alquilado, leí en mi teléfono una noticia que llegaba desde España. Estaba firmada por mi colega Jaume Aroca, periodista veterano que diseccionaba en su blog *Post-Barcelona-shu* los desesperados proyectos urbanísticos en boga en la ciudad condal en tiempos de crisis. Aquella noticia me dejó atónito. «*Sheldon Adelson, el magnate de los casinos de Las Vegas, se reúne con el presidente de la Generalitat Artur Mas.*» El hombre más rico de Las Vegas «visitará los terrenos que el gobierno catalán ha ofrecido para alojar el macrocomplejo de Eurovegas». Al leer esto, de repente, la guerra contra el terror pasó a un segundo plano en mi jerarquía de noticias bomba. Adelson, de ochenta años de edad y con un patrimonio aproximado de 40.000 millones de dólares, era uno de esos ricachones estadounidenses que se jactaban hasta la saciedad de ser un hombre hecho a sí mismo, si bien, en la construcción de su emporio global —dos megacasinos en Las Vegas y un enorme complejo del juego en Macao—, colaboraba gran parte de la clase política de Washington y Nevada y no se sabe cuántas Tríadas de la mafia china. Antiguo miembro del Partido Demócrata, de acuerdo con sus orígenes de hijo de taxista de un humilde barrio judío de Boston, Adelson había evolucionado políticamente de forma

paralela al crecimiento de su patrimonio. Ya era el padrino más poderoso de la *dolarocracia* estadounidense, en la que, gracias a una reciente sentencia del Tribunal Supremo, una nueva clase de empresarios multimillonarios podía comprar el apoyo de los políticos a golpe de talonario. Adelson se había convertido en el principal banquero de los candidatos presidenciales republicanos, dispuesto a gastar lo que hiciese falta para garantizar la presencia en la Casa Blanca de un hombre de ideología ultra e incondicional del apoyo a Israel. Desde su silla de ruedas, y siempre acompañado por su mujer israelí, Miriam Ochsorn, íntima amiga del primer ministro Benjamín Netanyahu, el magnate se calificaba a sí mismo de filántropo y era un abanderado de las causas que consideraba nobles. Estas incluían la aniquilación de todos los derechos laborales en Estados Unidos, así como la de todos los derechos de ser palestino en Palestina. Otro de sus caballos de batalla era la desregulación de toda actividad empresarial en nombre de la libertad de mercado, con la salvedad, por supuesto, del juego online, que debía ser terminantemente prohibido para impedir que compitiera con sus casinos.

Adelson había aprovechado uno de sus frecuentes viajes a Israel (donde pactaba estrategias con los directores de su periódico, *Cirio*, y despachaba con los elementos más fanáticos de la colonización de Palestina) para hacer escala en Barcelona. Posteriormente haría lo mismo en Madrid, pues resultaba que se había desatado la madre de todas las batallas entre las dos maltrechas ciudades españolas. Ambas competían por ganarse los favores del magnate, propietario del delirante megacasino y hotel estilo «*cinquecento rococo* berlusconiano», The Venetian, en el Strip de Las Vegas. Yo había tenido la oportunidad de visitar el Venetian el día anterior, ya no en busca de pilotos de drones, sino de los famosos gondoleros (vestidos al puro estilo de Véneto, con canotier y camiseta a rayas, pero oriundos de Nueva Jersey o



Kansas City) que recorren los canales *ersatz* del hotel cantando arias de Puccini mientras transportan a los turistas desde una sala de máquinas tragaperras a otra. Era exactamente el tipo de empleo que iba a crearse en las ciudades del «nuevo paradigma económico» español tras el colapso del ladrillo. Eso es al menos lo que debían pensar los equipos de asesores de los respectivos presidentes de Cataluña y Madrid, Artur Mas y Esperanza Aguirre. El premio para la ciudad que lograra convencer a Adelson sería una inversión de más de 30.000 millones de euros, decenas de rascacielos con hoteles y casinos llenos a rebosar con hasta 20.000 tragaperras. Se anunciaba también que se lograrían entre 500 y 50.000 puestos de trabajo, en función de quién hubiese encargado el estudio de impacto económico.

Barcelona ofrecía a Adelson y a su empresa, Las Vegas Sands, un terreno estupendo en el Baix Llobregat con vistas al Mediterráneo, grandes ventajas fiscales y, gracias a la participación en el proyecto del reputado chef catalán Ferran Adrià, la posibilidad de hacer un descanso de las tragaperras para comerte, por ejemplo, un sándwich de pastrami deconstruido con aromas de erizo del Ampurdán. El magnate dio una vuelta por el puerto para contemplar el perfil de Barcelona: las dos torres gemelas en la Villa Olímpica, el imponente hotel W, réplica del edificio vela de Dubái, y el icónico edificio con forma de pepino del arquitecto Jean Nouvel, que pronto iba a ser reconvertido en el Gran Hyatt Barcelona. «Pero ¡si eso no es un rascacielos!», exclamó Adelson antes de esbozar su visión de un nuevo ensanche de la ciudad condal con hoteles casino de sesenta y nueve plantas.

Madrid no podía competir con la *dolce vita* barcelonesa. Sus terrenos en Valdecarros y Alcorcón recordarían de forma inevitable a Adelson las desoladoras afueras desérticas de Las Vegas, abandonadas y polvorientas tras el gran pinchazo de la burbuja. Pero Esperanza Aguirre, la dama

de hierro del Partido Popular, que venía, además, de ser nombrada amiga de Israel por la embajada del país en España, sabía cómo compensar la falta de ese chic barcelonés. Ofrecería un nuevo marco laboral que permitiría hacer contratos basura al estilo del que tenían muchos estados autodenominados *right to work*, (derecho a trabajar, es decir, antisindicales) en el sudoeste estadounidense. Puede que Aguirre no lo supiera, pero, como veremos más adelante, Las Vegas era una de las ciudades más organizadas sindicalmente de Estados Unidos, siendo Adelson la excepción. Así mismo, Madrid ofrecía incentivos fiscales, un recorte drástico del impuesto sobre ganancias del juego y la construcción, si Adelson lo creía oportuno, de una nueva línea de tren de alta velocidad que comunicaría los terrenos con la capital. Se instalarían tres campos de golf en el complejo, obedientemente regados en el secarral de la meseta castellana, al igual que los que enverdecían el desierto de Las Vegas. Sin embargo, ni el Madrid del Partido Popular iba a poder aceptar todas las condiciones que los abogados de Las Vegas Sands habían incluido en la lista de requisitos que formaba parte de un documento secreto que, más tarde, iba a acabar en mis manos. Exponiéndose a la temible ira de Aguirre, algún valiente funcionario de la comunidad de Madrid se había atrevido a escribir «inviabile» en bolígrafo junto a algunos de los requisitos expuestos en el documento. Estos incluían un permiso para aterrizar los catorce Boeing 747 y Lockheed de la flota privada del magnate en el aeropuerto de Barajas; la revocación de leyes europeas sobre el blanqueo de dinero; y el fin de restricciones sobre la concesión de créditos a jugadores con diagnóstico de ludopatía. Por mucho que quisiera, Esperanza tampoco iba a poder autorizar los *junkets*, los programas de incentivos basados en jugosas comisiones cuyo uso en el complejo de Adelson en Macao estaba siendo investigado por el depar-

tamento anticorrupción del FBI. Pero aunque sabía que no podría complacerle en todo, la presidenta de Madrid estaba dispuesta a usar todos sus encantos y sus exquisitas relaciones con los mismos bancos y constructores que financiaban al PP para crear un régimen especial dentro de Eurovegas que permitiera sortear la ley antitabaco, puesto que el derecho a fumar en los casinos era una condición sine qua non para la inversión de Adelson. Es más, Barcelona no iba a poder cumplir con el deseo de Adelson de construir rascacielos como Dios manda, ya que la ciudad mediterránea iba a limitar la altura de las decenas de hoteles por miedo a que un avión se empotrara en una de ellas, interrumpiendo así una partida de Black Jack. Esperanza, en cambio, garantizaba a Sheldon casinos de dimensiones desde Madrid al cielo, sesenta o setenta plantas, hoteles de dos mil a tres mil habitaciones, cada una —según fantaseaba algún asesor del gobierno madrileño— con derecho a un servicio de habitación que incluyera jamón ibérico pata negra, percebes de Vigo y, siguiendo el modelo impuesto por Adelson en Las Vegas, chicas rusas o latinoamericanas «directas a tu habitación». Ante esa competencia, ¿Barcelona flexibilizaría su normativa sobre la altura máxima permitida de los edificios? ¿Cedería ante la insistencia de Adelson en plantar palmeras y no pinos mediterráneos a lo largo de la calle principal del nuevo complejo? ¿Se le ofrecería al magnate una estatua en la Plaza Catalunya al estilo Llimona, quizás, librándole en mármol de su silla de ruedas? Todo estaba por ver.

Días después hablé con Jaume por teléfono y me avisó que se había programado un gran *casting* en Las Vegas para el mes de abril en el que ambas ciudades tenían previsto ampliar su número de irresistibles ofrendas al magnate. Según me contó, volarían al desierto de Nevada sendos equipos de políticos, abogados y economistas de las orgullosas urbes de Barcelona y Madrid para participar en un gran concurso,

tipo *El aprendiz*,<sup>1</sup> sólo que con Adelson en el papel de Donald Trump. «Pero ¡si es el mundo al revés!», le comenté horrorizado a Jaume. «¡En Las Vegas son los mafiosos quienes pagan a los políticos!»

\*\*\*

En los tiempos de Bugsy Siegel y la mafia de Las Vegas, los dueños de los casinos en Las Vegas sabían que hacía falta ser generoso y tener bien untados los bolsillos de los senadores, alcaldes y altos funcionarios encargados de otorgar licencias de juego; también de los jefes de policía y de los jueces que hacían la vista gorda ante los cadáveres en el maletero; y por supuesto los de los periodistas concededores de la catadura moral de la clientela de los casinos como los ya derruidos Flamingo o Desert Inn, mientras se deshacían en elogios ante las actuaciones del Rat Pack de Frank Sinatra, Sammy Davis Junior y Dean Martin. De todo ello tuve constancia visitando el nuevo Mob Museum (museo de la mafia) que acababa de abrirse en el antiguo juzgado federal, en el centro de Las Vegas. Subí en un ascensor cuya voz robotizada no sólo me comunicaba en qué planta me encontraba, sino que también recitaba mis derechos bajo la segunda enmienda: «Tiene derecho a permanecer en silencio». En la primera planta tuve la ocasión de recorrer la larga historia de sobornos, de extorsión y de complicidad entre las autoridades y la mafia. Se trataba de una detallada relación de la perfecta compenetración entre la ley y el desorden que había empezado cuando Guy McAfee, exvicecomandante del Departamento de Policía de Los Ángeles, compró el club Pair-o-Dice, en 1939, a unos antiguos colaboradores de Al Capone y acuñó el término Strip para referirse a la nueva avenida poblada de locales dedicados

1. *The Apprentice* (El aprendiz) es un programa de televisión muy popular en Estados Unidos que está protagonizado por Donald Trump.

exclusivamente al juego. A partir de ese momento, una serie de mafiosos italianos y judíos —Lucky Luciano, Bugsy Siegel, Meyer Lansky, Moe Dalitz, y los representantes del Chicago Outfit, desde Johnny Roselli a Donald «The Wizard of Odds» Angelini— controlarían el negocio del juego en la ciudad. Y eran conscientes de que para ello tendrían que pagar lo que fuera necesario para contar con la complicidad de las autoridades municipales. Con sus macabros efectos especiales y sus vitrinas llenas de ametralladoras *tommy gun*, de aparatos de tortura y de ganchos de carnicero, el museo explicaba la maquinaria del régimen de terror y de favores que imperó en Las Vegas hasta los años ochenta. No bastaba con romper los dedos de chivatos de un martillazo o aplastar la cabeza de rivales en un tornillo de mesa. Para controlar el negocio de los casinos era necesario comprar a las autoridades. *Casino*, el filme de Martin Scorsese, había dado perfecta cuenta de ello. Para hacerse con la gestión del Hotel Stardust (Tangiers en la película) era necesario comprar al comisario del condado Pat Webb (interpretado por L. Q. Jones). Frank «Lefty» Rosenthal, dueño del Stardust (a quien ponía rostro Robert De Niro), perfeccionó la fórmula del reparto de los ingresos del casino. Jamás se podía olvidar uno de la autoridad pública: «Tres dólares para el hotel, uno para los *boys* en Chicago y otro para el gobierno de Las Vegas y de Nevada». El asesino y sociópata Anthony *la Hormiga* Spilotro (Joe Pesci), mataba libremente gracias a tener en nómina al abogado, y futuro alcalde, Oscar Goodman (interpretado en la película por sí mismo). Para cerrar el círculo entre la mafia y el gobierno, fue el mismo Goodman quien, una vez al mando del gobierno municipal, compró por un dólar el viejo juzgado federal donde él mismo había defendido a los tipos más infames de la mafia para alojar ese museo de la mafia que yo hoy pisaba. De todos estos *quid pro quo* nació y creció la ciudad de Las Vegas.

Tras la llegada de las grandes multinacionales del ocio en los años setenta y la posterior globalización del gran negocio del juego, la mafia italiana se retiró del Strip para descansar para siempre en la paz del entretenido Mob Museum, una cariñosa conmemoración de su régimen del terror en cuya tienda de recuerdos podían comprarse llaveros en forma de ametralladora y tazas de té con un mango de puño de acero. Unos años antes, en los sesenta, había llegado a la ciudad el gran magnate de la industria aérea, Howard Hughes, que compró seis hoteles, entre los que se encontraba el Sands. Un hotel que nos viene a colación porque fue el mismo que en 1989 adquirió Adelson, y se convirtió en la plataforma para erigir un emporio que se extendería desde el sofocante desierto de Mojave hasta la húmeda isla de Macao, y que, con la ayuda de Artur Mas y Esperanza Aguirre, terminaría triunfalmente en el Baix Llobregat, en Valdecarros o en Alcorcón. Al llegar, Hughes, paranoico y atemorizado por las cucarachas de Las Vegas, se alojó en el último piso del Desert Inn, mientras su dinero empezaba a desplazar a la mafia fuera de la ciudad. A él le seguiría Wall Street, que, gracias a la desregulación impulsada por Reagan, suplantó definitivamente a los Bugsy Siegel, los Meyer Lansky y los Lefty Rosenthal que habían dado lustre a la ciudad. A lo largo de los años ochenta, Wall Street invirtió miles de millones de dólares en el Strip, procedentes, ya no del crimen organizado, sino de grandes multinacionales como MGM, Hilton o el Holiday Inn, ya sabedoras de que estar en la ciudad del casino y del pecado no iba a perjudicar a su imagen corporativa. En 1990, dieciocho millones de personas visitaron Las Vegas. Diez años después, serían treinta millones, rebasando a la Meca como el mayor destino de peregrinaje. Los referentes temáticos del Strip dejaron de ser el salvaje Oeste para convertirse en fantasías *kitsch* de la antigua Roma (como el enorme Caesars Palace), las pirámides egipcias (el Luxor), la Italia renacentista (Venetian, Palazzo, Bellagio) o monumentos del

universo Disney (Excalibur, Treasure Island). Steve Wynn, el multimillonario eurófilo y gran rival de Adelson en la guerra inmobiliaria que se estaba librando en Las Vegas, cambió la fisonomía del Strip con su hiperlujoso Mirage, cofinanciado por Michael Milken, el rey de los bonos basura. Siegfried y Roy, domadores de leones en el Mirage, dieron inicio a un nuevo paradigma del entretenimiento familiar —igualmente *kitsch*, sí, pero apto también para las reuniones del Rotary Club—, hasta que el famoso león blanco Montecore hincó sus colmillos en el cuello de Roy en plena actuación. Pronto, el Cirque du Soleil perfeccionaría la oferta cultural de esa nueva Las Vegas blanqueada, fichando a reputados directores del mundo del arte para producir sus shows, caso de Robert Lepage y su erótico *Zumanity*, espectáculo diseñado con el mismo objetivo que los clubes de *striptease* de Bugsy pero promocionándolo con el pretencioso eslogan de «una exposición provocadora de sensualidad, excitación y erotismo». Más tarde, Wynn —que ocupa el cuarto puesto en el ranking de millonarios de la revista *Forbes*— remataría el cambio de imagen de la ciudad abriendo un hotel inspirado temáticamente en la obra *Le rêve*, de Picasso, lienzo que acababa de incorporar a su propia colección. Tras el 11-S y la ofensiva republicana contra todo lo gálico (el lector recordará que las patatas *french fries* fueron renombradas como *freedom fries*), el magnate decidió abandonar la nomenclatura francesa. En honor a algo mucho más importante que la *avant-garde* parisina, le puso al hotel su propio nombre, «Wynn», cuyas letras en neón iluminaban ahora la fachada del enorme hotel de trescientos metros de altura que parecía un gigantesco paquete de cigarrillos John Players Special. Luego llegaría un edificio gemelo que Wynn —empeñado en que su amor por Francia no muriese— bautizó con el nombre de Encore. Pero ni el enorme ego de Wynn podía compararse al de Donald Trump, que edificó su Trump Hotel Las Vegas de 64 pisos en frente del Wynn, al mismo tiempo que suspendía pagos so-

bre sus casinos en Atlantic City, dejando una deuda de más de mil millones de dólares. La obra arquitectónica de Trump se asemejaba más a un paquete de Benson and Hedges Gold, y el inversor inmobiliario —cuya inmensa vanidad le había llevado a presentarse ni más ni menos que a las elecciones presidenciales— exigió que cada una de las 1.232 ventanas estuviera rematada con oro de 24 quilates. En ese momento, Las Vegas pretendía ser una capital cultural, aunque fuese de la baja cultura americana. Cada casino abrió su club para competir con los locales más populares de Nueva York o Los Ángeles, como el Ra en el Luxor (último piso de la pirámide, con réplica incluida de la gran esfinge de Giza) o el Studio 54, en el MGM. Wynn, Adelson y los otros reyes del juego contrataron a la nueva generación de chefs estrella, desde el austriaco Wolfgang Puck, gurú televisivo de la nueva cocina californiana, al escocés Gordon Ramsay, el insolente barriobajero reciclado en estrella Michelin, para preparar los platos insignes de la nueva cocina del estatus adquirido. Además de casinos y concesionarios de Ferrari y Maserati, el complejo Wynn alojaba una galería de arte con una veintena de valiosas obras renacentistas, impresionistas, modernas y contemporáneas, desde *Joven sentada al virginal*, de Vermeer, que Wynn compró en Sotheby's por treinta millones de dólares, hasta un *Popeye* de Jeff Koons, artista y empresario hecho a la medida de Las Vegas, que Wynn había obtenido tras desembolsar veintiocho millones de dólares. Se trataba de ofrecer a Vermeer, Picasso y Koons para que los cuarenta millones de visitantes anuales que tenía la ciudad pudieran añadirlos a su propia colección de experiencias trofeo. En la capital del pecado, la obra de Vermeer cotizaba por el valor de su firma, igual que en el Mirage se vendía por 3.895 dólares una guitarra con el autógrafo inscrito de Eric Clapton. Ese nuevo concepto del arte como parafernalia *kitsch* para coleccionistas millonarios pronto llegaría al Guggenheim y al Whitney.



Las Vegas parecía estar adelantándose a todas las tendencias culturales. Ya no era la capital del juego sino la capital del entretenimiento, de las compras y, para los periodistas más entregados a la causa, la capital del arte. Los gurús del postmodernismo Jean Baudrillard y Robert Venturi ya habían aportado su grano de arena a la metamorfosis de la ciudad-casino, convirtiendo el Strip en objeto de sesudos análisis semiológicos. Baudrillard, demasiado francés hasta para Steve Wynn, sufría ataques multiorgásmicos cuando hablaba de los letreros de neón que iluminaban la ciudad: «Cuando uno ve a Las Vegas levantarse del desierto al atardecer bajo las luces radiantes de la publicidad y volver al desierto cuando amanece, (...) esta reabsorción de todo en la superficie nos sumerge en una euforia estupefacta de hiperrealidad que no cambiaríamos jamás»,<sup>2</sup> escribió. El arquitecto Venturi, por su parte, había abierto las puertas a la revolución postmoderna en Las Vegas dando el pretexto idóneo a los arquitectos de la era neoliberal para abandonar los fríos ideales del modernismo y aprender a amar las horteradas de la clase emergente de los nuevos ricos, Sheldon Adelson y Donald Trump, entre ellos. La arquitectura del estatus (real o fantasioso) se extendería del Strip hasta todas las nuevas ciudades globales, vaticinó Venturi. «El interior del hotel casino —piscinas, palmeras, hierba— es literalmente un oasis, como el elegante recinto de la Alhambra (...) que conmueve tras la agresividad de los coches y el asfalto que hay afuera», afirmaba sin sonrojarse el arquitecto estrella en *Aprendiendo de Las Vegas*,<sup>3</sup> obra que se convertiría en el manifiesto de la nueva ola postmoderna. Y tras calificar el Strip típico de Las Vegas con sus restauran-

2. Jean, Baudrillard, *Cultura y simulacro*, Barcelona: Kairós, 1978.

3. Venturi, R., Brown, D. S., Izenour, S., *Learning from Las Vegas*, The MIT Press, Cambridge, 1972. [Hay versión española de Gustavo Gili, 1998.]

tes *drive-in* de comida rápida, sus gasolineras y sus hoteles de grandes cadenas, de «hermoso», Venturi remataba así su tesis: «No hay ningún motivo por el que los métodos de persuasión comercial y el *skyline* de letreros en Las Vegas no debiera servir para las metas generales de mejora cultural y cívica». Era exactamente el argumento que necesitaban los relaciones públicas de los gobiernos de Barcelona y Madrid para vender Eurovegas, no sólo a los jefes de la sección de Gente, sino también a los de Cultura.

Con Wall Street, MGM, Jean Baudrillard y Roberto Venturi deshaciéndose en elogios hacia los hoteles casino del Strip, «terminaba la transición de Las Vegas de la ciudad del pecado gestionada por la mafia a la Disneylandia del desierto dirigida por ejecutivos con un MBA», según escribió el periodista Marc Cooper en su divertido e irónico libro sobre la ciudad, *The Last Honest Place in America*.<sup>4</sup> Yo, personalmente, me di cuenta de la diferencia entre un Bugsy Siegel y un Steve Wynn cuando me topé con el magnate de Las Vegas paseando por el centro comercial de lujo que hay dentro de su faraónico complejo hotelero. Aproveché que Wynn se detenía un momento frente al escaparate de una de esas marcas globales que viven en la permeable frontera entre moda y «arte» —Louis Vuitton, Oscar de la Renta, Alexander McQueen—, y me acerqué para hacerle una pregunta ya preparada: «Hola, señor Wynn. Trabajo para el periódico con sede en Barcelona *La Vanguardia*. ¿Podría hacerle una breve pregunta? ¿Las Vegas es ahora una ciudad del arte?». Y después de hacer los habituales elogios a Barcelona, Wynn respondió: «El arte es una cuestión anecdótica. La idea es cualitativa, no cuantitativa». Bugsy sería un asesino con acento de Brooklyn, pero cuando hablaba de su negocio, se le entendía mucho mejor.

4. Cooper, Marc, *The Last Honest Place in America*, Nation Books, Nueva York, 2004.

En las dos décadas que antecedieron a la crisis financiera de 2008 y al catastrófico hundimiento del mercado de la vivienda, Las Vegas fue la ciudad de mayor crecimiento demográfico de Estados Unidos. Acudían a vivir todos los años a sus urbanizaciones en el desierto unas 75.000 personas más de las que se marchaban, todas ellas atraídas por casas de precio asequible y una tasa de paro de sólo un cuatro por ciento. La población ya había alcanzado los dos millones de habitantes y se preveía que a mediados de siglo alcanzara los seis millones. «Las Vegas se ha convertido en el ejemplo de los cambios que se están produciendo en el resto de Estados Unidos; en el siglo XXI va a ser la líder, la primera ciudad del mundo postmoderno, (...) el sueño americano del futuro y no del pasado, la ciudad camaleónica que se convierte en lo que el turista quiere que sea», me dijo durante una visita Hal Rothman, sociólogo urbano en la Universidad de Las Vegas, uno de los defensores más inteligentes de su modelo de ciudad. Hal murió en 2012, una gran pérdida para quienes como yo tratábamos de entender los enigmas que Las Vegas nos planteaba. Sin embargo, sus reflexiones sobre la ciudad me habían provocado pesadillas que llegaban a despertarme de noche con sudor frío, incluso cuando dormía sobre los mejores colchones del Venetian. Porque, bajo la óptica de Hal, Las Vegas no era un producto único, como aquella guitarra Fender autografiada de Eric Clapton. Ni tan siquiera era una serie limitada, como el *Dot painting* de Koons. Según el terrorífico pronóstico de Hal Rothman, Las Vegas iba a ser «el futuro de todas las ciudades».

Las Vegas había hecho el salto de rana postindustrial sin verse forzada a pasar por el doloroso proceso de la destrucción de empleo que ello solía implicar, tal y como le había sucedido a Estados Unidos, cuyo empleo en la industria había caído, del 70 por ciento en 1976, al 28 por ciento en

2013. «Tenemos la única industria que no se puede exportar ni convertir en una experiencia virtual: el turismo», me dijo Rothman con orgullo. Anticipándose a la nueva ola de centros comerciales temáticos, Las Vegas se convirtió en un enorme *mall* (macrocentro comercial) con casinos para entretenerse tras las compras. Según los sondeos, la mayoría de los 36 millones de personas que visitaban la ciudad cada año decían que iban a Las Vegas para ir de compras. En ese momento, sólo la mitad del dinero gastado en la ciudad correspondía a los ingresos de los casinos. «La prosperidad va a consistir en que yo te visito a ti y te dejo mi dinero, y luego tú me visitas a mí y me dejas el tuyo», ironizó Rothman mientras charlábamos en el campus de una universidad patrocinada por las grandes empresas del juego y el ocio. Conforme el turismo de compras se imponía al juego, las grandes marcas del estatus, del lujo y de la fantasía —Prada, Armani, Hermès, Dior, Bottega Veneta, Louis Vuitton— se instalaban dentro de los hoteles, a la vuelta de la esquina de las baterías de máquinas tragaperras.

Es más, en la primera década del siglo XXI, Las Vegas parecía estar adaptándose perfectamente a esa sociedad del uno por ciento cada vez más rico. Había superado la crisis y se habían recuperado las cifras de cuarenta millones de visitantes al año (la población de España) que tenía antes de 2008. Pero en tiempos de salarios estancados o, peor, de una clase media desaparecida, las masas ya no gastaban cinco mil dólares en un fin de semana. No obstante, las pérdidas se recuperaban con la llegada de la nueva élite de las economías emergentes. «Los *high rollers* (los grandes apostadores) que llegan desde Asia no quieren perder tiempo en las salas de tragaperras; van directos al Black Jack, donde pueden ganar o perder mucho dinero de golpe», dijo David Schwartz, director del Gaming Institute de la Universidad de Las Vegas, un instituto del juego cuyo diseño interior, más que a un espacio de ilustración académica, recordaba a

otro centro comercial más de la ciudad. «La masa estadounidense no gasta tanto ya; los chinos gastan mucho; hay una dicotomía que es el resultado de una economía divergente», explicó. El siguiente megacasino que tenía previsto abrirse en el Strip era el Resorts World, que formaba parte de una nueva promoción financiada desde Malasia. Inspirado temáticamente en China, incluiría una réplica de la Gran Muralla, una reserva de osos pandas y 3.500 habitaciones. «La idea es que los turistas chinos vayan primero a Disneyland, en California, después pasen un par de días en los casinos y finalmente se dirijan al Gran Cañón», dijo Schwartz.

Las Vegas ya no era la ciudad de la mafia, sino la de una renovada industria del juego financiada por las multinacionales y los bancos de Wall Street. Sin embargo, los nuevos gestores de los casinos sabían que aún era necesario devolverle el favor a cualquier político o funcionario dispuesto a dar luz verde al proyecto de construcción de un casino. Ya se había producido un cruce de denuncias judiciales entre Las Vegas Sands y Wynn Casinos, que se acusaban el uno al otro de sobornar a funcionarios en Macao. Un ex consejero delegado de Las Vegas Sands acusó a la empresa de Adelson de haber colaborado con un líder del crimen organizado en la gestión de las salas VIP de Sands, en Macao, y de haber «contratado a un funcionario de Macao». Por su parte, Steve Wynn tenía un pleito en marcha contra su exsocio japonés, Kazuo Okada, por presuntos sobornos a funcionarios de Macao y Manila con el fin de conseguir licencias de juego, lo que había creado todo tipo de problemas en el sushi bar epónimo del japonés en el Hotel Wynn. Además, fluían cantidades importantes de dinero desde el sector del juego hacia los bolsillos de los legisladores y candidatos presidenciales. A principios de los años 2000, estalló el escándalo de Rick Rizzolo, dueño del club Crazy Horse, que había regalado cuarenta mil dólares al alcalde y repartía cien mil dólares al año a todos los partidos relevantes de Nevada. En la nueva

Las Vegas de MGM, Sheldon Adelson y Cirque du Soleil, aquel viejo ritual seguía siendo necesario si se quería tener el camino allanado. En 2003 estalló el caso G-string (en referencia al tanga que llevan las estríperes). Una investigación federal descubrió que Michael Galardi —otro propietario de clubes de *striptease*— había pagado sobornos por unos cuatrocientos mil dólares a cuatro concejales del gobierno del condado de Clark, que incluye a Las Vegas. «El objetivo de los sobornos», explicó el *Times* de Los Ángeles en junio de 2003, «era aplastar a sus rivales en la industria del *striptease* y frenar la aprobación de las nuevas normativas contra actividades sexuales ilícitas en los clubes». Entre otras medidas, se había propuesto prohibir que los clientes pusieran billetes en los tangas de las bailarinas.

Adelson, el dolarócrata más audaz, por su parte, pagó casi cien millones de dólares a los republicanos Newt Gingrich y Mitt Romney en las presidenciales de 2012, esperando, en balde, que el dinero le garantizara la victoria a su partido. Luego donó medio millón más a candidatos republicanos durante las legislativas de 2014, elecciones en las que se gastaron la cifra récord de cuatro mil millones de dólares. Pero la verdadera operación *dolarócrata* del magnate de Las Vegas se produjo al inicio de las presidenciales de 2016. La pareja de oro formada por Sheldon y Miriam invitó a los candidatos republicanos a una conferencia de la Coalición Judía Republicana, celebrada en el Venetian en la primavera de 2015. En un *casting* mucho más relevante que el que había tenido lugar entre Barcelona y Madrid, Adelson y su mujer mantuvieron entrevistas cara a cara con Jeb Bush, exgobernador de Florida y hermano serio del expresidente; Marco Rubio, el candidato cubano de Florida con su peinado a lo Kennedy; Chris Christie, el gobernador de Nueva Jersey conocido por sus métodos políticos propios de los Soprano;

Ted Cruz, el ultraconservador de Texas que calzaba botas de piel de avestruz; y Scott Walker, el verdugo de los sindicatos de Wisconsin. El *Washington Post* calificó aquel evento de «las primarias de Sheldon Adelson». La cena con los presidenciables republicanos se celebró en un hangar de su flotilla de aviones privados, tras un partido de golf y una sesión de cata de whisky de malta. «Los Adelson han emergido como el símbolo más claro del nuevo paradigma de la financiación de las campañas electorales, mediante el cual un puñado de multimillonarios puede cambiar la trayectoria de las mismas», explicó el periódico con sede en la capital estadounidense. «Aunque otros donantes conservadores como los hermanos Charles y David Koch pueden inyectar cantidades sustanciosas en las campañas, Adelson es el más solicitado porque está más dispuesto que nadie a movilizar su fortuna personal para apoyar a un candidato», resumió. Tras duplicar los donativos a sus candidatos predilectos en las elecciones presidenciales de 2012 respecto a las de 2008, Adelson se jactó en el *Wall Street Journal* de que en las presidenciales de 2016 iba a «gastar más, pero mucho más».

El único candidato que quedaba excluido de las primarias de Sheldon Adelson era Donald Trump, que jamás admitiría que otro multimillonario con propiedades en el Strip ejerciera de jurado en su *Aprendiz* político. En todo caso, Trump, con un patrimonio superior a los 4.000 millones de dólares se avalaba a sí mismo. Había competido con Adelson en la carrera por comprar la Casa Blanca mediante donativos a los aspirantes a la presidencia, y ahora quería ocuparla personalmente. Tras presentar su propia candidatura a las primarias, anunció con gran franqueza en un debate televisado: «Yo he dado mucho dinero; doy a todo el mundo cuando ellos llaman, y dos años después, cuando yo necesito algo de ellos, los llamo y están a mi servicio». Ahora se haría los regalos a sí mismo. En lugar de votar a los sobornados —venía a decir el dueño del Trump Hotel Las Vegas—, por qué no

votar directamente al sobornador. Adelson se mantenía a la espera de que el resplandor de Trump se apagara pero, por si acaso, tendió puentes a su rival en el Strip en una cena celebrada en el Venetian a principios de 2016, poco antes de que el inmobiliario neoyorquino cosechara sus primeras victorias en las primarias republicanas, gracias a sus promesas de deportar a todos los inmigrantes indocumentados y de prohibir la entrada en el país de todos los musulmanes. Aunque Rubio, dispuesto a anular el importante acuerdo de Obama con Irán y a «apoyar moral y diplomáticamente la guerra de Israel contra el terror», habría sido el candidato elegido por Adelson. Peter Singer, el millonario gestor de fondos buitres, y Charles Schwab, otra fortuna del mundo de las finanzas, se desplazaron a Las Vegas en octubre de 2015 para coordinar con Adelson su estrategia para la campaña. Aquella era la perfecta constatación de lo que era la dolarocracia; la unión del dinero de las tragaperras y del capitalismo de casino de Wall Street con el objetivo de llevar a un candidato en volandas a la Casa Blanca.

El emperador del Venetian ya había comprobado a lo largo de su ascensión al ranking de Forbes lo mucho que valía un buen soborno. Pensando en sus negocios asiáticos, había llenado los bolsillos del congresista republicano Tom de Lay con la intención de que este le ayudara a obstaculizar las leyes que habrían complicado la nominación de Beijing para los Juegos Olímpicos de 2008. Adelson fue recompensado por las autoridades chinas, que le dieron a cambio autorización para la construcción de su casino en Macao. Las Vegas Sands donó 226.000 dólares a diversos políticos en 2003, entre ellos 40.000 destinados al corrupto gobernador de Nevada, Jim Gibbons, acusado de agredir a una camarera en un bar de cócteles. Adelson era el apostante que iba más fuerte. Pero todos los casinos participaban en el juego de comprar el poder. MGM era el primer donante del sector, con 1,2 millones desembolsados a candidatos en las elecciones de 2008.